

El Arzobispado de de Méjico

EL ARZOBISPADO
DE MEXICO

BX1428
T7

105441



1020000277



105440

N.º 26/10

c. acceptus
obsequia que

utor

Presuntus

MÉXICO





México Feb. 26/18.
Sirvase vd. Sr. Lic. aceptar
este pobre y humilde obsequio que
le dedica S. S.

El autor

Sr. Lic. Francisco Alguero
Presente

EL ARZOBISPADO DE MÉXICO

BX 1428

T 7

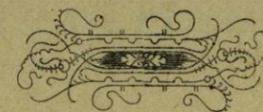
EL
ARZOBISPADO DE MEXICO

POR EL PRESBITERO

J. TRINIDAD BASURTO

MISIONERO APOSTOLICO Y PARROCO DE LA IGLESIA DE REGINA
DE ESTA CAPITAL

Obra biográfica, geográfica y estadística,
escrita con presencia de los últimos datos referentes á esta Arquidiócesis,
ilustrada con profusión de grabados
y con dos cartas geográficas del Arzobispado.



MEXICO

Talleres Tipográficos de EL TIEMPO, Primera de Mesones 18

1901



México, Parroquia de Regina, Marzo 19 de 1905

AL EXMO. Y RMO. SR. ARZOBISPO

DOCTOR

D. PROSPERO MARIA ALARCON Y SANCHEZ DE LA BARQUERA.

EN SUS BODAS DE ORO

DEDICA ESTE HUMILDE TRABAJO

EN HOMENAJE DE GRATITUD Y CARÍÑO

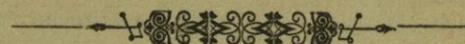
El Autor.



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ



CAPITULO PRELIMINAR



I

El Supremo Hacedor del Universo ha permitido que de siglo en siglo aparezcan sobre la tierra criaturas excepcionales, sobre las que hace reflejar un rayo más vívido de su sabiduría, un destello más fulgente de su grandeza indefinible: Moisés, descorriendo los velos del Génesis y libertando á su pueblo; Homero, dando la más grandiosa forma á la inspiración poética; César y Alejandro, pretendiendo que el Sol no se ocultara en sus dominios; Galileo, descubriendo el giro de nuestro planeta; Colón, lanzándose á lo desconocido, sin más guía que su intuición admirable y el valor temerario que le infundiera su fé, han sido, entre otros, seres privilegiados que con la potencia del genio, han conquistado, ya la admiración, ó ya las bendiciones de la humanidad.

Mas si para los que habitamos el continente americano, esos hombres han merecido nuestra admiración, Colón merece más: Colón merece á la vez, nuestra profunda, eterna gratitud, porque, al besar la tierra del Nuevo Mundo y regarla con sus lágrimas, puso también la simiente de la civilización evangélica; de esa civilización que brotara entre las sombras y los gemidos del Gólgota.

Por eso la historia de este hombre extraordinario, así como la que se refiere á la conquista de nuestro territorio, tienen forzosamente que constituir, aunque narradas en sinopsis, el prólogo de la modesta obra que he emprendido.

A tal efecto, y aun cuando se trata solamente de partes aisladas de nuestra historia, he procurado seguir las afirmaciones de los autores más reputados en la materia; dando á la vez á este relato una forma tan concreta, cuanto baste á servir de complemento á mi referido trabajo.

II

Si la honra de haber sido la cuna de Homero, fué disputada por varias ciudades de la Grecia, y si otras tantas en España ambicionaron llamarse la patria natal de Cervantes, tratándose de Colón, no fueron ciudades, sino naciones del Viejo Mundo, las que reclamaron esa gloria; pero, según las opiniones más fundadas, el inmortal navegante nació en la población de Oria, cerca de Génova,

en el hermoso reino de Italia, por los años de 1435 ó 1436; siendo sus padres Domingo Colombo y Susana Fontana Rosa. Aunque nada se sabe respecto de sus primeros años, es de presumirse que fueron empleados en su educación, y que ésta fué relativamente esmerada, se deduce sin esfuerzo, de los frutos que sacó de ella. Cuando Colón apenas contaba 14 años, comenzó su carrera en la marina, permaneciendo en ésta veintitrés años; en cuyo largo período recorrió las costas de Europa, las de Africa y aun las polares. Es indudable que en esa época, dedicado Colón al estudio de la geografía y de la astronomía, y teniendo las oportunidades que al marino se le ofrecen para observar el orden de la Naturaleza, comenzara á presentir la existencia de un continente, hacia el Oeste de los países Europeos; presentimiento que, por las causas referidas, llegó á convertirse en verdadera convicción, y entonces trató de llevar á la práctica su colosal proyecto.

Lógico es deducir que Colón, ante todo buscara el apoyo y los recursos de su propia patria, tanto para que á ésta cupiera la gloria de realizar tamaña empresa en caso de un éxito feliz, cuanto por evitarse el ilustre marino de las consecuencias y penalidades que debió prever, al solicitar la protección de otros monarcas; pero como á este respecto ninguna constancia existe, debe también deducirse, ó que nada alcanzó Colón de los suyos, ó que otras miras lo obligaron á dirigirse á extraño suelo; sea de esto lo que fuere, la verdad es que pasó al reino de Portugal, cuyo trono ocupaba Don Alfonso, á la sazón empeñado en una guerra con España; esta circunstancia hizo que dicho rey no hubiera podido ocuparse de los proyectos de Colón; sin embargo, éste no desesperó y aguardó pacientemente que mejoraran los tiempos.

Y en efecto, el año de 1481, cuando Colón tenía 45 de edad, ocupó el trono de Portugal D. Juan II, quien no sólo escuchó con beneplácito los proyectos de aquél, sino que nombró una Junta de personas competentes por su ilustración, para que estudiaran asunto de tal importancia, y á este fin pasaron, como era natural, á poder de la Junta, los planos y demás documentos en que Colón basaba sus cálculos y las conclusiones de sus teorías. Mas los portugueses, al verse en posesión de tan preciosos datos, cometieron un acto de felonía que con suma justicia ha censurado la historia: organizaron secretamente y enviaron una expedición que realizara los descubrimientos, sin que conste, si acción tan indigna partió del Rey ó de alguno de sus cortesanos. Este proceder, además de no haber dado un resultado satisfactorio, privó á los portugueses de alcanzar la gloria que algunos años después cupo á los españoles.

Entre tanto Colón, altamente ofendido por tan innoble acción, regresó á su patria, encontrándola en condiciones muy poco favorables para los fines que acaso se proponía. Entonces resolvió pasar á España, donde hizo conocer sus proyectos al Duque de Medina Sidonia, quien pareció acogerlos con resolución; aunque después resolvió no deber ocuparse de ellos.

Esta nueva decepción [1] no hizo entibiar la fé de Colón: se dirigió al Duque de Medina Celi y éste aprobó en todo la idea; más temeroso de tomar por su cuenta un asunto tan grave, dió á Colón una carta para los Reyes católicos Don Fernando y Doña Isabel; cuya corte residía en la ciudad de Córdoba.

Dichos príncipes acogieron con entusiasmo el pensamiento del audaz navegante, especialmente la Reina Isabel, que estuvo dotada de un organismo superior y de un espíritu elevado; pero en esos momentos, España sostenía una ruda campaña contra los moros, que aun conservaban su dominio en el territorio de Granada, por lo cual, no pudiendo aquéllos consagrar su atención á los proyectos de Colón, tuvieron que someterlos al estudio de una junta de prela-

1 Decepción significa "engaño," y aquí está empleado significando "desengaño."

dos y de sabios que se reunió en Salamanca. Esta junta, después de largas deliberaciones no solamente desechó el proyecto, sino que lo censuró de herético Error disculpable hasta cierto punto, si se tiene en cuenta el género de estudios á que por lo común se consagraban los sabios de aquella época.

El dictamen de la junta, por una parte, y por otra, la guerra contra los moros, más ruda cada día, debieron entibiar el ánimo de los reyes católicos; sin embargo, éstos escucharon las proposiciones de Colón, que se concretaban á que se le hiciera Almirante, se le nombrara Virrey de las tierras que descubriera y se le donara la décima parte de los tesoros que obtuviera. Estas proposiciones fueron consideradas como excesivas y los monarcas no queriendo dar una negativa absoluta, aplazaron su resolución para cuando terminara la guerra. Pero Colón, comprendiendo que ésta sería larga y que ese aplazamiento era sólo un medio de que se valían sus enemigos, decidió abandonar á España y se dirigió á Francia, emprendiendo el viaje á pie, en compañía de su hijo y en medio de un riguroso invierno. Así rindió su primera jornada, llegando al monasterio de Huelva, donde solicitó hospitalidad y donde tuvo ocasión de hablar detenidamente con Fray Juan Pérez de Marchena, que impuesto de los proyectos y decepciones del futuro Almirante y temiendo que se perdiera para su patria esa gloria, marchó personalmente á hablar con la Reina, logrando que Colón fuera llamado á la corte y aceptadas sus proposiciones.

Como en esos momentos el tesoro de los Reyes estaba agotado por causa de la guerra, Isabel resolvió empeñar sus alhajas, lo que no llegó á verificarse, porque de los fondos eclesiásticos de Aragón, se le facilitaron diez y siete mil florines, con cuya suma se lograron armar y tripular las carabelas "Santa María," "La Pinta" y "La Niña," y por fin, el día 13 de Agosto de 1492 Colón, á bordo de la primera y seguido de las otras dos, dejaba la barra de Saltes, lanzándose á la inmensidad del océano.

Reducidos son los límites de un capítulo preliminar, para decir en detalle todas las penalidades que sufrió Colón durante la travesía, hasta que el 12 de Octubre del mismo año, página de oro en los anales de la historia, Colón pisó la tierra del Nuevo Mundo que arrodillado, besó y regó con sus lágrimas, bendiciendo al Todopoderoso. Posteriormente fué descubriendo las islas de Cuba, de Haití y otras que forman el grupo de las Antillas. Mas habiendo zozobrado la carabela "Santa María," y desertándosele "La Pinta," se vió precisado Colón á regresar á España, llegando al punto de su partida el 15 de Marzo de 1493, después de haber sufrido tormentas espantosas que pusieron su vida en inminente peligro.

Fácil es comprender el entusiasmo que causaría en el pueblo español la noticia del regreso de Colón, y más cuando todos lo creían perdido para siempre.

El temerario marino fué llamado á la corte y como, ésta se hallaba en Barcelona, tuvo que atravesar una gran parte de España. Pues bien, si para describir la marcha triunfal de Colón por todos los lugares de su tránsito, es demasiado estéril mi mal cortada pluma, ¿cómo describir el recibimiento que se le hizo en la residencia de los Reyes católicos? Bastará decir que para recibirlo se organizó la procesión más grandiosa que habían visto los siglos pasados y que acaso verán los venideros.

Colón al llegar se arrodilló ante los soberanos, que solícitos lo levantaron haciendo que se sentara cerca de los escaños del trono, comenzó la relación de su viaje y al describir las bellezas del mundo descubierto, la majestuosa reina ante quien se habían humillado miles de vencedores y vencidos, cayó de hinojos ante el héroe, dando gracias á la Providencia que tal portento había permitido.

Tres viajes más hizo Colón á las Américas provisto ya de abundantes recursos, los que robustecieron su empresa, llegando á descubrir las costas de Honduras, y en el año de 1504 ya muy enfermo de gota regresó á España. Poco tiempo después, y agotadas las esperanzas de Colón con la muerte de la gran reina Isabel, se retiró á Valladolid, donde murió el día 20 de Mayo de 1506, á los 71 años de edad.

III

Puesto que se ha dado una rapidísima ojeada sobre la historia referente al descubrimiento del Nuevo Mundo, debe darse otra con la misma rapidez, sobre la relativa á la conquista de México, porque, como se dijo ya, ambos fragmentos forman los antecedentes del presente libro.

Para este propósito, poco debe interesarle al lector conocer los antecedentes de Hernán Cortés, que fueron los de un calavera audaz, valiente y afortunado.

Cortés residiendo en Cuba dedicándose á la cría de ganado, se enamoró de Doña Catalina Juárez, lo que le valió una encarnizada persecución por parte del Gobernador de la isla, Diego de Velázquez, que también pretendía á la referida dama. Cortés triunfó, se casó con Doña Catalina y al fin se reconcilió con su rival. En 1518 y siendo Cortés alcalde ordinario de Santiago de Cuba, Diego Velázquez le confió el mando de una expedición dirigida á las costas del Golfo de México, compuesta de ochocientos sesenta y tres hombres, once barcos, diez y siete cabalgaduras, diez piezas grandes de artillería, cuatro cañones chicos y las municiones competentes; concurriendo Cortés para esta expedición con una parte de su caudal. Encontrábase Cortés en el puerto de la Trinidad completando su provisión, cuando Velázquez mandó detener las naves, temiendo que aquél se alzara con la empresa, y Cortés, comprendiendo la desconfianza de Velázquez, resolvió hacer el negocio por su cuenta.

Llegado Cortés á las costas de México, y después de varios combates que tuvo con los naturales de Tabasco, en los que salió vencedor, le fueron ofrecidas varias doncellas, entre las que se distinguía, por su hermosura y nobleza, una india que al recibir el bautismo se le puso por nombre Marina, nombre que se convirtió en Malina, porque los aztecas sustituyen la r, con la l, y que agregándole el reverencial *tzin*, resultó Malintzin; nombre con el que es conocida en la historia. Esta mujer fué el alma de la conquista y amó hasta el delirio al conquistador.

Cortés salió de Tabasco, siguiendo la costa del Golfo, y el día 22 de Abril de 1519 desembarcó en Veracruz.

Luego que pisó la tierra del septentrion, trató de legalizar su autoridad; nombró un Ayuntamiento, se hizo investir con el título de Capitán general y fundó la ciudad antes dicha de Veracruz.

De este punto se dirigió Cortés á Cempoala, invitado por el cacique de esta ciudad, que era enemigo de Moctezuma, emperador de México. Supo entonces que existía la República de Tlaxcala, que era enemiga de los mexicanos, y Cortés concibió la idea de aprovechar esta circunstancia para sus fines ulteriores.

Desde luego resolvió marchar á México y visitar al Soberano azteca, tomando al efecto el camino de Xalapa, hasta las fronteras de Tlaxcala, donde el bravo joven Xicotencatl, trató de interceptarle el paso con numeroso ejército, que estuvo á punto de derrotar á Cortés; pero éste triunfó y al fin se hizo un tratado de paz que permitió á Cortés entrar á Tlaxcala entre las mayores muestras de simpatía de parte de los indígenas.

Los conquistadores, después de permanecer algunos días en Tlaxcala, se dirigieron á Cholula, cuyos habitantes los recibieron con amabilidad aparente, puesto que posteriormente la Malintzin descubrió una conspiración fraguada por los cholultecas para acabar con los españoles.

Al descubrir la conspiración, Cortés reunió en un gran patio á los conjurados, y sin escuchar las disculpas de éstos, mandó ejecutar una espantosa matanza en la que perecieron asesinados cerca de cuatro mil cholultecas.

Dos semanas después Cortés con su ejército de propios y aliados, emprendió su viaje para México, y sin encontrar obstáculo alguno llegó á la capital donde hizo su entrada el día 8 de Noviembre de 1519.

Moctezuma II, emperador entonces de México, salió á recibir á Cortés y con la mayor solemnidad, lo condujo á uno de sus palacios, donde lo alojó.

Cortés se preocupó desde luego de reconocer la ciudad, que entonces contaba casi los mismos habitantes que hoy; procuró conocer sus calzadas y lagunas, y sobre todo trató de captarse el cariño y simpatías del monarca azteca, inclinándolo á la vez á que abrazara la religión católica y se sujetara al rey de España.

Moctezuma rechazó esas indicaciones, y como la situación para los conquistadores era muy comprometida, en razon de que los mexicanos estaban bastante descontentos con la presencia de aquéllos, Cortés decidió aprehender al emperador, lo que verificó en unión de Velázquez, Sandoval y Alvarado, haciendo conducir al prisionero al cuartel de los españoles. Allí se le exigió la entrega de unos caciques responsables de la muerte de varios soldados. Moctezuma entregó al cacique Cuauhpopoca, (Aguila que humea) á quien Cortés mandó quemar vivo, en unión de 17 indios nobles que lo acompañaban.

En esos momentos se tuvo noticia de que Pánfilo de Narváez, había desembarcado en Veracruz con seiscientos hombres, con el fin de quitarle el mando á Cortés, por lo que éste tuvo que salir violentamente á su encuentro, dejando en la capital á Pedro de Alvarado con unos cuantos hombres.

Cortés sorprendió á Narváez en Cempoala y lo derrotó, y aumentadas sus fuerzas con las del vencido, regresó violentamente á México.

Durante la ausencia de Cortés, Pedro de Alvarado se había conducido de la manera más infame: los naturales de México acostumbraban hacer una gran fiesta en el mes de Mayo, y á fin de verificarla se dirigieron al jefe español, solicitando para ello el correspondiente permiso. Alvarado se los concedió poniéndoles por condición que ninguno de los asistentes fuera armado; así lo hicieron los indígenas, confiados en la palabra de un soldado; pero cuando los mexicanos estaban en el templo celebrando sus ceremonias, á eso de media noche llegó Alvarado con cosa de cincuenta soldados é hizo una matanza, más injusta y más sangrienta que la de Cholula; pues en ésta no quedó vivo un solo indígena. Como una consecuencia de esta infame traición, el pueblo de México se sublevó y hubiera sucumbido el traidor encerrado en su cuartel si no hubiera sido por la llegada de Cortés. Mas no obstante la presencia del jefe de la expedición, los combates entre mexicanos y españoles, continuaron cada día más encarnizados y llevando éstos la peor parte. Así fué que mirando Cortés las bajas continuas de su reducido ejército, obligó á Moctezuma á que desde la plataforma del cuartel persuadiera á los suyos y se suspendieran las hostilidades. Así lo hizo el emperador; pero en lugar de que el pueblo se aplacara, redobló sus gritos de furor y lanzó millares de flechas y de piedras hiriendo con una de éstas

en la cabeza á Moctezuma, de cuya herida murió, si es que no fué asesinado á puñaladas, como afirman algunos historiadores.

En vista de estos acontecimientos, Cortés se reconcentró en sus cuarteles, convocó una junta de guerra y se resolvió dejar la capital abriéndose paso á viva fuerza. Tomada esta resolución se llevó á efecto la noche del 1° de Julio de 1520. Los indios sintieron el movimiento de los invasores y después de destruir los puertos y de cubrir las lagunas de canoas, atacaron en las calzadas á los españoles, de la manera más furiosa. En esa noche memorable fueron diezmados los conquistadores, pereciendo unos pasados por las flechas y otros ahogados; todos perdieron los tesoros de que se habían apoderado y el mismo Cortés estuvo varias veces á punto de perder la vida. Por fin logró realizar su retirada, y sentándose al pié del hermoso ahuehuete, conocido hasta hoy con el nombre del Arbol de la Noche Triste, lloró la muerte de sus mejores amigos y meditó en toda la magnitud de su desgracia.

Pasados los primeros momentos de estupor, Cortés reunió los restos de sus fuerzas y se encaminó al cerro de Otoncalpolco, ocupando el teocali, después de un breve combate con los indios que lo defendían. En este lugar curó á sus heridos, reunió á los dispersos y reorganizado su ejército se dirigió rumbo al Norte, llegando á Otumba al cabo de siete días. En este lugar esperaba á los españoles un numeroso ejército de mexicanos que los atacó con ímpetu formidable, y ya los primeros se consideraban irremisiblemente perdidos, cuando Cortés seguido de Sandoval, Olid y Alvarado, se arrojó sobre el general que mandaba á los aztecas, lo derribó de las andas en que venía, y se apoderó de la bandera del imperio. Tal hecho desconcertó completamente á los mexicanos, que huyeron despavoridos, cediendo el campo á los conquistadores.

Después de este combate, que voces autorizadas han reputado como fabuloso, [1] Cortés continuó su retirada, hasta llegar sin más novedad á Tlaxcala, donde sus aliados lo recibieron muy bien, lo ayudaron á reponer sus pérdidas y á reorganizar sus elementos de guerra. Cortés permaneció en Tlaxcala hasta el 26 de Diciembre de 1520, fecha en que salió para México, con un ejército formado de ochocientos noventa y ocho españoles, ciento cincuenta mil indios aliados de Tlaxcala, Cholula y Huexotzinco y la cantidad suficiente de parque y demás recursos. Llegó á Texcoco el día 31 del mismo mes y año, y allí se le reunió el Príncipe Ixtlilxochitl con un ejército de cincuenta mil hombres, formándose un total de más de doscientos mil combatientes.

Desde luego se procedió á formalizar el sitio de la capital, utilizándose para este fin unos bergantines que se habían construido en Tlaxcala y más de diez y seis mil canoas.

Mientras tenía lugar lo antes dicho respecto de los conquistadores, en la capital de México pasaba lo siguiente:

A la muerte de Moctezuma II, fué nombrado emperador su hermano Cuitlahuatzin, que falleció á los pocos días de haber subido al trono, á causa de un ataque de viruelas, enfermedad desconocida en el país y que habían importado los invasores. Entoncos recayó el mando en el Gran Cuauhtemotzin, joven de veintidos años, tan valiente y digno que mereció ser comparado con los más notables héroes de la antigüedad.

1 Altamirano en algunas conferencias que dió en la Sociedad de Geografía y Estadística, manifestó, apoyado en eruditos autores, la inverosimilitud de esa batalla ante la luz de la buena crítica.

Este bravo patriota, gloria de su raza, y aun de todos los que todavía llevamos en las venas algunas gotas de sangre azteca, hizo los preparativos necesarios para la defensa: acopió cuantos víveres le fué posible, levantó fortificaciones, cortó las calzadas, y formó también una gran flota de canoas. El joven monarca, á la cabeza de sus más valientes guerreros, se presentaba en todos los lugares que ofrecían mayor peligro y sólo tomaba momentos de descanso en su cuartel de Tlaltelolco.

Dilatado sería detallar los sangrientos combates que se repitieron en los seis meses de continua lucha y en los ochenta días de rigoroso sitio.

Por último, los mexicanos destrozados por las armas de los sitiadores, diezmados por el hambre más espantosa y por las enfermedades que producían los miles de cadáveres hacinados en las calles, tuvieron que rendirse el 13 de Agosto de 1521. Cuauhtemoc fué hecho prisionero en unión de la Emperatriz su esposa, y Cortés tomó posesión de la ciudad, quedando conquistada la más bella capital del Nuevo Mundo.

